

Feminismo

LAS MUJERES YA TIENEN PARTIDO

CRISTINA PERI ROSSI

"Una clase social es una unidad colectiva de personas que juegan el mismo papel en la producción y que sostienen las mismas relaciones con las otras unidades colectivas que participan en el proceso de la producción". (Bujarin, Teoría del materialismo histórico).

En el anuncio de la página impar (es una revista cuyo nombre no importa) se ve a una mujer, gruesa, de edad mediana, que luce un delantal de cocina, un pañuelo atado a la cabeza y sonríe con una expresión beatífica: sostiene en la mano una caja de polvo para lavar que según reza la leyenda terminará con sus problemas con el marido, a causa de la ropa mal lavada. En la página par, en cambio, hay otro anuncio: una bella muchacha (esfumada, según técnica *flou* de Hamilton) con un elegante vestido que deja desnudos sus hombros y cuello; en el brazo derecho tiene tatuada una inscripción en inglés, en rojo y azul; el anuncio dice que no todas las lociones de hombre dejan esa huella. Son dos estereotipos de mujer, dos modelos femeninos usados hasta el hartazgo por los medios de comunicación, y que junto a otras variedades, no menos rudimentarias, ejemplifican el rol alienado que aquellos difunden: la mujer como sirvienta del hogar y del marido,

la mujer como propiedad del hombre. Esta alienación no es muy diferente de la real; mujeres recluidas en el "ghetto" del hogar, o productos de consumo para las revistas pornográficas, mujeres sometidas y discriminadas, mujeres frustradas en sus aspiraciones individuales por una sociedad y una clase que oculta las continuas sevicias y humillaciones a que las somete, no sin sublimar el rol, faltaría más: frente a la explotación económica y sexual de las mujeres, entona el canto de la sacralización de la maternidad, el de custodia de valores, el de reposo-delguerrero y buena enfermera. A las esclavas hay que convencerlas de que son imprescindibles para que el edificio de la civilización no se destruya. Pero la rebelión se ha iniciado. Las mujeres, unas mujeres, mejor dicho, acaban de fundar el Partido Feminista. Hace unos días hicieron su presentación pública en Barcelona, y ya han editado un libro con sus tesis. Lidia Falcón, como dirigente, y Carmen Alcalde, como compañera de ruta, se encuentran entre las iniciadoras y promotoras del nuevo partido.



Carmen Alcalde: "Una mujer ya no tiene por qué militar en dos frentes: por sus reivindicaciones políticas en uno y por sus reivindicaciones como mujer, en otro".



Lidia Falcón: "Los hombres tienen declarada la guerra a las mujeres desde el comienzo de la Historia".

TODO partido tiene una definición ideológica, una serie de postulados y principios; también, unos objetivos. ¿Cuáles son los del Partido Feminista?

L. F.—La mujer es un gran grupo, la más numerosa de todas las clases sociales, y responde perfectamente a la definición de Lenin: las clases se diferencian entre sí por el lugar que ocupan en un sistema de producción determinado y por el papel que desempeñan en la organización social del trabajo. Los

dos modos de producción de la mujer son la reproducción y las tareas domésticas, y en cuanto a ambos, se encuentran en relación de servidumbre con los hombres, que las explotan. Por lo tanto, el Partido Feminista es un partido de clase: representa a las mujeres, a las mujeres para sí. Hasta ahora las mujeres no habían elaborado una conciencia de su propia clase, y lucharon junto a los hombres por la victoria del socialismo, por ejemplo, asumiendo la ideología de la clase que les había precedido, en un proceso que Marx describió ya en *El manifiesto comunista*. Por eso ha sido necesario elaborar una ideología de clase, una ideología de la mujer para sí, a partir de la cual el Partido Feminista se postula como una opción global de la sociedad, hacia una república democrática, federal y popular, y hacia la toma del poder por las mujeres, como clase explotada y discriminada que sólo de esta manera podrá dejar de serlo.

Durante la presentación se expusieron varias ponencias en torno a la mujer, sus problemas y los principios del Partido Feminista: la explotación sexual de la mujer, el trabajo doméstico, la familia,

LAS MUJERES YA TIENEN PARTIDO

etcétera. No habla hombres en las sesiones. Al respecto, el Partido Feminista tiene una posición muy clara: sólo las mujeres pueden afiliarse, dado que es un partido de clase, y como tal no puede admitir en su seno a enemigos. Del mismo modo que las organizaciones de negros no admiten blancos ni la de empresarios tolera la afiliación de obreros.

L. F.—Te contaré una anécdota divertida: al día siguiente de la presentación del Partido Feminista, la primera llamada telefónica que recibo es la de un abogado, antiguo compañero de la Facultad, que quiere pedir su ingreso al partido. Además, estaba fastidiado porque no se le había permitido entrar a la sala de debates, y nos acusó de discriminación.

—Es posible que todos los que no entiendan el hecho de que el Partido Feminista es una organización de clase digan lo mismo.

C. A.—Sí, El Alcázar publicó una nota editorial, también, donde saludan al Partido Feminista, pero se lamentan de que se excluya a los hombres.

L. F.—En nuestras tesis se sostiene que la mujer constituye una clase social explotada, oprimida, económica y sexualmente, por el hombre, y como clase en vías de liberación necesita un partido que la represente, un partido organizado que las agrupe. Y cualquier clase, cuando se organiza, no deja entrar al enemigo. Así, los partidos que representan al proletariado no permiten que los burgueses, como tales, como clase, se incorporen a él.

Lo que sí esperamos es que los hombres, alguna vez, sean solidarios con nosotras, con nuestras reivindicaciones, del mismo modo que nosotras lo hemos sido, durante tantos siglos, colaborando en luchas que no modificaban de todos modos nuestra propia opresión. Los hombres nos pueden apoyar desde todas sus organizacio-

nes, desde todos sus centros de poder. Habrá, eso sí, alianzas, porque el camino de la revolución y de la liberación es muy largo, y nosotras, como diría Mao, sólo hemos dado el primer paso. En ese largo camino, las diversas circunstancias políticas y sociales obligan a que las clases y los partidos establezcan alianzas coyunturales para obtener un determinado objetivo. Por el momento, la experiencia en España demuestra que esos partidos donde los hombres son mayoría, en que ocupan los puestos dirigentes, en que tienen voz y voto, no han conseguido ni la modificación del Código Civil. Parece increíble que el Partido Socialista o el Partido Comunista no hayan puesto en vanguardia de sus programas inmediatos esta reforma. Partidos que se dicen progresistas, integrados por algunos hombres que se dicen feministas, no han lanzado una campaña en pro del divorcio y del aborto, dos reivindicaciones por las cuales los movimientos feministas de España luchan desde hace tiempo. Si se consideran feministas, como muchas veces dicen, o pretenden la igualdad de la mujer, que salgan públicamente a defender estas mínimas medidas.

—Hasta ahora las mujeres no tenían opción política. Esto quiere decir que sólo podían militar dentro de los partidos tradicionales, donde han sido numéricamente escasas y todavía menos importantes a la hora de ser escuchadas. Se ha supuesto, de una manera equívoca, alienada e interesada, que los intereses de los hombres son los intereses de la comunidad, y que si un partido representa a los hombres de una clase, también representa a las mujeres. Ahora que surge, por primera vez en España, un partido de mujeres, donde cualquiera puede militar, por su condición de mujer, ¿confías en un desplazamiento hacia el Partido Feminista de aque-

llas que con tantas contradicciones, frustraciones y buena voluntad han actuado en otros?

L. F.—Nuestras relaciones con las compañeras que militan en partidos ya constituidos han sido y son cordiales. Yo no quisiera hacer pronósticos en un tema tan delicado, porque sé que las contradicciones entre su militancia en esas organizaciones y su condición de mujeres surge muy pronto y deben enfrentarla y resolverla. Un ejemplo reciente es el de Carlota Bustelo, pero son contradicciones que también experimenta la compañera de base. Lo cierto es que esas contradicciones se irán agudizando día a día; hay muchas compañeras que han estimado honesta y sinceramente que podían llevar las reivindicaciones feministas al seno de los partidos en los que militaban y están ya hartas de ver cómo quedan relegadas a último lugar, siempre con el argumento de su inoportunidad o del carácter prioritario de otras. Esta inoperancia en la realidad de los partidos para llevar adelante estas mínimas reformas ha desalentado a muchas mujeres, especialmente cuando existe una sensibilización del tema.

C. A.—Posiblemente este es el momento más indicado para que muchas militantes que durante años trabajamos en partidos de izquierda, como yo misma, como tú, Lidia, y tuvimos la esperanza de que alguna de nuestras reivindicaciones fueran promovidas del vigésimo lugar al cuarto, por ejemplo, hagamos un análisis de la eficacia, de los resultados obtenidos, a la luz de esta otra opción, la del Partido Feminista. Creo que coincidiríamos en reconocer que esa eficacia ha sido mínima y que sólo ahora hemos creado una organización adecuada para representar nuestros intereses.

L. F.—A lo cual habría que agregar que tampoco las organizaciones feministas aparecidas en los últimos años, pese a su esfuerzo, podían constituir una opción política, por no ofrecer una alternativa

global a la sociedad. No tenían posibilidad de incidir en el movimiento obrero, en las elecciones municipales, en el Estado. En los hechos, muchas de nosotras teníamos que militar en partidos de hombres para la consecución de los fines políticos de transformación de la sociedad, y a la vez en esas pequeñas organizaciones feministas por nuestras reivindicaciones de mujeres. En cambio, el Partido Feminista ofrece una alternativa global: es un partido marxista-leninista, representa una clase y aúna los objetivos que antes como mujeres y sujetos políticos teníamos separados. Ahora, la lucha para derrocar al capitalismo no la hacemos por un lado, y por otro la del divorcio.

C. A.—Con lo cual, a mi juicio, queda eliminado el problema de la doble militancia. Una mujer ya no tiene por qué militar en dos frentes, por sus reivindicaciones políticas en uno y por sus reivindicaciones como mujer en otro, porque hay un partido que atiende ambos proyectos; un proyecto global de sociedad y también de clase.

L. F.—El tema de la doble militancia ocultaba en realidad una profunda contradicción, vivida por las mujeres que actuaban dentro de partidos políticos de izquierda y a la vez en organizaciones feministas, viéndose obligadas a respetar las tesis y las tácticas del partido al que pertenecían y, por otro lado, a luchar por sus intereses como mujeres, y estos intereses entraban en contradicción por responder a dos clases antagónicas: los partidos de izquierda, por ejemplo, relegaban el tema del aborto, considerándolo poco oportuno, mientras para los grupos feministas el aborto es una reivindicación prioritaria; de modo que se enfrentaban a una contradicción interna: la estrategia del partido y su militancia feminista.

C. A.—La contradicción es, entonces, entre su conciencia como feminista y su disciplina como militante de un partido.



"Sólo con las mujeres en el poder se obtendrá por fin la satisfacción de esas necesidades tanto tiempo negadas por la dictadura de los hombres."

—Un partido recién nacido se enfrenta siempre al problema de crecimiento. El Feminista tiene algunas particularidades: representa a una clase mayoritaria, numéricamente, a una clase metódica y sistemáticamente explotada durante toda la historia, pero a la vez muy alienada, maniataada y oprimida, que se ha negado a sí misma una conciencia, o no la ha podido asumir colectivamente aún. ¿Cómo llegar al ama de casa, a la mujer que es

golpeada por el marido, a la que no tiene futuro, a la que durante años y años lava ropa, hace la comida, sufre violaciones conyugales y, además, acepta su condición oprimida como una maldición de nacimiento?

L. F.—Es muy cierto que la historia de la Humanidad es la historia de la tortura de una clase, de la mujer (sirvienta, esclava, violada, infibulada, olvidada e ignorada), pero también es cierto que las mujeres están tan cansa-

das de sus padecimientos que nos podemos acercar a ellas a hablarles de sus sufrimientos y ser comprendidas de inmediato. En el puerta a puerta que estamos muy dispuestas a hacer, y que hemos hecho en muchos barrios, nos comunicamos en seguida a través de los temas que sabemos constituyen su preocupación y de los padecimientos sufridos... Cuántos hijos tiene, cuántos platos lava por día, cuántas veces ha sido golpeada por un marido sobrio o borracho, cómo

hará para evitar los posibles embarazos ahora que ya tiene cinco hijos... Por primera vez escuchan hablar en público de temas que les interesan verdaderamente y de los que los partidos políticos no hablan. Entonces, saben que existe una esperanza: la de cambiar de situación, la de disminuir su esclavitud. Esta es nuestra gran tarea.

—Me imagino que mucha gente se debe asombrar primero, y asustar después, frente a algunas tesis del Partido Feminista. Aunque nadie se sorprende de que en la mayoría de las sociedades exista la dictadura de una clase social sobre las demás, no sé qué terribles fantasmas se representan cuando imaginan la dictadura de la mujer una vez en el poder.

L. F.—Los hombres tienen declarada la guerra a las mujeres desde hace siglos, desde el comienzo de la Historia. Luego se erigieron en vencedores. Les atribuyeron un rol, una función, y brutales anatemas a todas aquellas que trataran de evadirse. La dictadura de las mujeres como clase no significa más que haber entendido que sólo con las mujeres en el poder se obtendrá, por fin, la satisfacción de esas necesidades tanto tiempo negadas por la dictadura de los hombres. Significará, por ejemplo, en algún caso, destinar los recursos económicos que se gastan en armamento y aparato militar a profilaxis o a liberar a la mujer de las tareas domésticas; sería ingenuo o de mala fe atribuirnos algún ánimo vengativo: estamos convencidas de que sólo con la toma del poder podremos liberarnos, ya que ninguna clase que explota a otra le regala su libertad, cuando se beneficia tanto y tanto con su opresión. No se trata de llegar al poder para instaurar una tiranía, sino la igualdad y la liberación de la mujer, cosa que los partidos políticos —por estar en manos de los hombres— no pueden ofrecer. No es el mundo capitalista el que vacila frente a la revolución feminista, sino el mundo como organización masculina. ■ C. P. R.